

Filmoteca

# The Pop Star



Gladis  
Walton

20  
cts.



¡Señora!

Su belleza tendrá mayor realce y podrá ser mejor admirada si adquiere nuestra revista de modas.- Sentido práctico y elegancia.- Buen gusto y exquisita presentación.- Todo lo hallará en nuestro figurín

# La Mode de París

**Precio del ejemplar, 3 plas. - Precio  
especial para nuestras lectoras 2'50**

Los pedidos, acompañados de su importe en sellos de Correos o por Giro Postal, a PUBLICACIONES MUNDIAL, Barará, 15.-Apartado de Correos 925.-BARCELONA



**Precios de Suscripción**

<b>ESPAÑA:</b>		
Un año.	10	ptas.
Seis meses.	5'50	"
<b>EXTRANJERO:</b>		
Un año.	15	"
Seis meses.	8	"

# Cine Popular

REVISTA  
SEMANTAL  
ILUSTRADA

Barcelona 27 de Agosto 1924

Año IV - Número 183

Redacción y Administración: Calle de Bar-  
bará 15 - Apartado de  
Correos número 925  
- Teléfono 2753 A.

## UN POCO DE CRITICA

# EL AMBIENTE

¿Por qué causa es tan extraño no encontrar una certera observación del ambiente en las películas?

Tan distinto que es el ambiente de un país al de otro, y a veces tan contrapuesto, rara vez esta diferencia se nota en la pantalla con todos los matices que en ella podían y debían notarse.

Sólo las costumbres (y no siempre), porque son radicalmente distintas, varían en el cine.

Para las diferencias de ambiente, ni ha habido estudio, ni observación, ni atención despierta.

Entre una película norteamericana, por ejemplo, y otra española, referentes a la vida de familia, fácil es notar una diferencia esencial; pero ésta obedece a que las costumbres son totalmente distintas en los dos pueblos. El ambiente, que también es distinto, cualquiera puede advertir que en ambas películas aparece igual.

Las excepciones que hay, sin duda, para esta afirmación, sólo comprueban una cosa: que todas las películas se podrían hacer bien.

Cuando es más fácil notar el abandono en que se tiene el ambiente, es cuando asistimos a la proyección de películas hechas en países cuyas costumbres no varían mucho de las nuestras; en Italia o Francia, por ejemplo. Sin embargo, el ambiente de esos países no es semejante al ambiente español. Si las costumbres varían poco, porque todas tienen origen en un mismo tronco, el ambiente sí varía, y mucho, como varían las ramas

de un mismo árbol, según que miren al norte o al sur.

No se suponga que es baladí esta cuestión del ambiente. Y mucho menos en el arte mudo. El ambiente en que viven las personas determina gran parte de sus actos. Si el ambiente no está bien observado, los actos no tendrán explicación o se explicarán de una manera falsa, descabellada y absurda.

Cuando llegue el día en que en la pantalla no se pongan leyendas explicativas de lo que los actores están haciendo, sino que éstos, con su arte hayan de dar la acabada sensación de todos sus actos, día que no tardará en llegar, si el ambiente de las películas no está bien estudiado, el cine entrará en un período de decadencia. Pues que al faltar las leyendas por las que todos, mal o bien, se enteran de lo que hacen los actores y de los motivos a que obedece lo que hacen, y al no haber una observación certera del ambiente que explique por sí solo todas las determinaciones de los personajes que accionan en la pantalla, las películas aparecerán ante el espectador como un laberinto indecifrible, incomprensible y absurdo de toda absurdidad.

El ambiente español, bien estudiado en una comedia, prepara al espectador para los actos que un español haga, ya sea éste un enamorado, un aventurero o un vagabundo. E igualmente, el ambiente de todos los países enseña a las gentes las causas generadoras de los actos de los que en tal ambiente viven.

Ahora, con las leyendas, sólo el espectador estudioso echa de

ver el error de no observar el ambiente. Los demás, como leen una explicación de los hechos, aunque ésta sea falsa, se contentan. No se creen con derecho a ser muy exigentes.

Pero hay que ir pensando en que se acerca a pasos agigantados la supresión de las leyendas. Y si para entonces los directores de casas productoras de películas no se han cuidado de poner más atención en este aspecto del arte de la pantalla, le esperan a ésta sinsabores muy importantes.

Entonces el arte mudo empezará a ser mudo de verdad. No habrá nada más que acción pura y limpia; dinamismo; será desterrada toda palabra; el espectador no se verá distraído por la lectura; sólo los ojos para ver le serán necesarios.

Pero si toda esta acción está tan mal dirigida como ahora, si se sigue descuidando el factor ambiente, que es el origen de todo lo que un hombre puede hacer, nadie se sentirá capaz de asistir a la proyección de una película, por el temor fundadísimo de volverse loco.

Conviene, pues, que desde ahora se comience a poner en las obras para la pantalla un estudio detenido y ponderado del ambiente en que vivan las personas que hayan de intervenir en el drama, la comedia o la tragedia. El propio estudio del ambiente irá explicando los impulsos de las personas y los hechos a que los llevan tales impulsos.

Y al propio tiempo que, obrando así, se irán haciendo necesarias las explicaciones des-



cabelladas de los hechos, faltas por completo de lógica, se irá preparando el camino para la transición cercana de la supresión de las leyendas.

Si esta supresión se hiciera ahora, de repente, el cine sufriría un golpe rudo. Porque ahora, en verdad, los actos no se explican por sí mismos, sino que se explican a capricho con una leyenda traída por los cabellos. Y como con la supresión de las

leyendas habrían de explicarse por sí, he aquí que no quedaría apenas una película que pudiera proyectarse.

La observación del ambiente es el único camino para remediar este mal. Con ella se harían ahora mejores obras, y también, al propio tiempo, algo que podría quedar para después, resistente y firme ante todas las innovaciones, como asimismo ante todos los contratiempos.

El hambre le obliga a realizar un acto en cierto modo humorístico. Conoce así a una mujer tan desgraciada como él. Y él, que es un infortunado, al encontrar otro infortunio se erige en protector de la muchacha.

Para lograr protegerla de verdad, se ve obligado a muchas cosas, cómicas naturalmente, y sin artificio. Por último se pone a trabajar de camarero. Riñe un día con un cliente al que arroja al suelo de un puñetazo. Se trata de un campeón de boxeo. Y he aquí por donde se le abren a él las puertas de una ganancia con la que no había soñado.

En esto llega su padre, que se avergüenza de la profesión de él. Pero como el noble está arruinado, para salvarle, su hijo luchará y vencerá. Es *el vencedor*.

Por todos estos diversos estados pasa el artista con una naturalidad a la que sólo han llegado los actores grandes. Por eso el trabajo de Rawlinson es tan digno de elogios.

El arte mudo le debe interpretaciones, en efecto, para las que todo elogio no es nada más que justicia.

# ELOGIOS

**De Herbert Rawlinson**

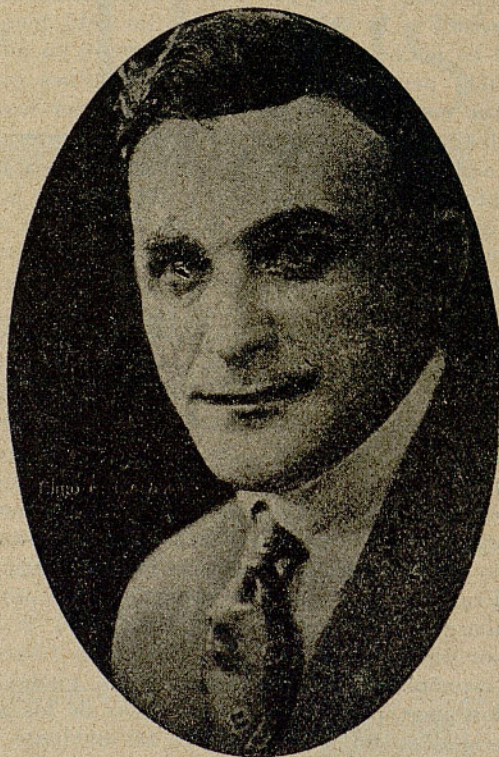
Este célebre artista, uno de los más característicos intérpretes de la elegancia y de todas las cualidades que a ella van anejas, cada vez posee mayores condiciones, más amplias facultades, un arte y una maestría más acabados.

En efecto; de cada película que vamos a verle representar, salimos mejor impresionados. Hace ya mucho tiempo sólo despertaba en nosotros curiosidad; ahora, unido a ésta, sentimos también entusiasmo. Y en la «Universal», para la que ha interpretado numerosísimas películas, saben ya la valía del arte de Rawlinson y cada vez nos lo presentan en papeles tan distintos y hasta contrapuestos, que uno se queda asombrado al darse cuenta de la capacidad artística del actor y de la diversidad de sus recursos de la mejor ley para darnos una sensación lograda por entero del personaje que interpreta, sea éste como fuere.

En la última comedia que le hemos visto interpretar a Herbert Rawlinson, titulada *El vencedor* (1), pueden advertirse de modo total todas las gradacio-

nes de su arte y de su maestría para hacer vivir en la pantalla a un hombre de cualidades complicadas y harto contradictorias.

Hijo de un noble inglés, sin dinero y en Nueva York, se pasea hambriento por un jardín público, pero vestido con tal elegancia que todos los que le ven le suponen un potentado.



Elmo K. Lincoln

(1) El argumento de esta película admirable lo publica esta semana *Novela Popular Cinematográfica*.



# La película hace al artista

Las películas modernas son las que hacen a los artistas, pues de año en año es mayor el número de jóvenes de ambos sexos que se elevan a las más altas regiones del arte cinematográfico sin haber tenido ninguna experiencia en el teatro hablado. Muchos de estos artistas ingresaron en el estudio cinematográfico como humildes comparsas, y gracias a su esfuerzo y amor al estudio, han logrado ascender, en un relativo corto espacio de tiempo, a la categoría de astros de primera magnitud del firmamento cinematográfico.

Uno de los mejores ejemplos que podemos citar en apoyo de lo apuntado, nos lo ofrece la bella y distinguida actriz Agnès Ayres, quien en la película *Amor errante*, dirigida por William de Mille, se nos revela una de las más grandes actrices de la pantalla. Agnès Ayres ingresó como humilde comparsa en el estudio de la antigua empresa Essanay, en Chicago, y más tarde fué elegida, entre otras muchas

jovencitas de aquel estudio, para tomar parte en una serie de veinticinco cintas cortas, adaptadas todas ellas de las célebres novelas e historietas de O. Henry, lo cual le valió el sobrenombre de «O. Henry Girl». Terminado este contrato, Agnès Ayres ingresó en el estudio de la «Paramount», habiendo aparecido desde entonces en muchas de las principales películas ofrecidas al público por esta conocida empresa.

En la película *Amor errante*, miss Ayres tiene a su cargo la interpretación de uno de los papeles que más se adaptan a su carácter y temperamento. En ella Agnès Ayres desempeña el papel de una refinada joven de sociedad que está enamorada de veras de un joven millonario, a quien el frívolo y fugaz amor de una cantante famosa le arrastra a desdenar a la mujer que tan sinceramente le ama. Una amiga de ésta, ducha en asuntos amorosos, le aconseja que finja el desdén hacia el que así la ol-

vida, como remedio seguro para atraérselo, mas ella rehúsa el consejo. Al fin el burlado joven se da cuenta de que es una víctima más de la veleidosa cantante y vuelve arrepentido y humillado ante la mujer que siempre le amó de veras, y ésta le perdona.

## Estrellas de la pantalla

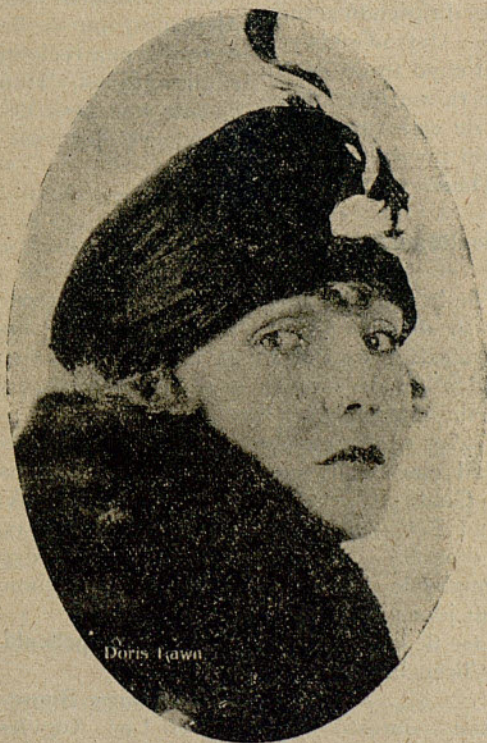
EDITH CHAPMAN

Edith Chapman es una de las actrices características más notables del cinema. Su personalidad y su trabajo la han conquistado numerosos admiradores.

Miss Chapman ingresó en el arte mudo en 1917 y desde entonces ha interpretado papeles de característica en infinidad de cinedramas. En una de las primeras producciones en que apareció esta actriz fué en la titulada *Juguete de la fortuna*, en la cual el popularísimo actor Douglas Fairbanks interpretó el papel de protagonista. Como Teodoro Roberts, esta actriz ha trabajado con casi todas las primeras figuras de la cinematografía, en las películas de la casa «Paramount». No hace mucho tiempo firmó un nuevo contrato con la «Famous Players», por el cual entró a formar parte de la compañía de actores permanentes de esta empresa productora de películas.

CLARENCE BURTON

Clarence Burton, nació en Windsor (Missouri). Después de cursar sus estudios en una de las escuelas de aquella ciudad, Burton comenzó a trabajar en el teatro, formando parte de una compañía de las llamadas permanentes en un teatro de Los Angeles. Al separarse de esta compañía, Burton recorrió los Estados Unidos con un cuadro de actores de *vaudeville*. En 1915 abandonó definitivamente el teatro hablado para ingresar en el cinematógrafo, en el cual ha continuado desde aquella fecha.



Doris Rawn

Doris Rawn



# Cosas y casos del cinematógrafo

## Servicio especial de "Consortium de Presse" de París

### El color de los ojos

No es el director de escena Reginald Barker quien dijo el primero que «los ojos son el espejo del alma», pero este señor cree firmemente que el color de los ojos de una persona es el mejor guía en la elección de un artista para un papel determinado. En su última creación *Barreras rotas* se atuvo a la fórmula siguiente para la distribución de los papeles:

Color de los ojos:

Azul oscuro: afección intensa y pureza de alma.

Azul claro: constancia, buen humor, carácter jovial.

Azul pálido: egoísmo, amor a la mentira.

Gris y gris verde: temperamento impresionable, impulsivo. No hay que fiarse de estos ojos.

Pardo claro: falta de constancia.

Pardo verdoso: coquetería, falta de sinceridad.

Pardo rojizo: afección, delicadeza.

Pardo oscuro: afección intensa, pasión.

Negro: ardor en el amor.

Color indefinido: egoísmo, temperamento frío, indolencia.

El film *Barreras rotas* es una versión de la novela de Meredith Nicholson, cuya adaptación ha sido llevada a cabo por Leonore Coffey y Albert Lowyn.

### Nobleza obliga

Hace unos meses, Jackie Coogan quiso comprarse un magnífico perro (el mismo que aparece a su lado en *Un muchacho de Flandes*), cuyo dueño pedía por él la cantidad de sesenta dólares. Pero, desgraciadamente, Jackie se había gastado todo el dinero en regalos de Navidad, pues era a principios de enero.

Gran parte de este dinero se lo había gastado en comprar para su papá un magnífico cortaplumas de oro; su padre se había mostrado muy enternecido por esta delicada atención.

Así, pues, Jackie se decidió a pedir a su padre el dinero necesario para comprar el perro. Pero su progenitor le contestó que si quería canes no tenía más que comprárselos con su dinero. Entonces Jackie le contestó con tono distraído:

—A propósito, padrecito, ¿qué has hecho del magnífico cortaplumas que te regalé por Navidad?

Una hora más tarde Jackie podía acariciar a su perro sin haber gastado un dólar.

### El próximo film de Harry Beaumont

El director de escena Harry Beaumont está dirigiendo actualmente para la «Metro-Goldwyn» un nuevo film cuyo título es *No desconfíes de tu marido*. El papel principal de esta producción es interpretado por la celebrada actriz Viola Dana.

### El matrimonio después de la caza

La artista de la pantalla Laurette Taylor se dirigió últimamente a la Prefectura de Policía de Hollywood a fin de obtener una licencia de conductora de auto. Miss Taylor se encontraba en esa ciudad con la «troupe» de la «Metro-Goldwyn» que filma la película *Felicidad*. Mientras estaba esperando su turno oyó que el empleado decía, dirigiéndose a un joven extranjero:

—¿Qué clase de licencia desea usted? ¿Una licencia de caza, de pesca...?

—No, señor—contestó el joven.—Ya he cazado bastante;

ahora lo que deseo es casarme. —Pues entonces vaya usted a la oficina de al lado; aquí sólo expedimos licencias para los sports divertidos.

### Félix Horman

El actor Félix Horman dice que durante su permanencia en Londres, vió a más de cinco mil mujeres de todas clases de la sociedad que querían ver proyectada su figura sobre el lienzo.

### Un nuevo estudio

La «Famous Players Lasky» ha inaugurado en Acton su nuevo estudio, provisto de los últimos perfeccionamientos, y cuyo coste no ha sido inferior a doscientos mil dólares.

### «El odio sagrado»

En el nuevo film editado en Alemania, que se llama *El odio sagrado*, una reciente estrella cinematográfica, Hanna Lierke, ejecuta una serie de arriesgados y audaces ejercicios.

### Divorcios...

La ola de divorcios que reina en estos momentos en los Estados Unidos, parece compensada por la fiebre matrimonial que ha invadido a los artistas, operadores, electricistas, directores de escena, etc.

Se anuncia, en efecto, que Gladys Brockwell se ha casado con su *leading-man* William Scott. Hay que tener en cuenta que ésta es la tercera experiencia que realiza dicha artista.

### Una nueva película

Constance Binney ha terminado en Los Angeles un film de Bret Harte para la «Realart».



# Desde la ciudad de los rascacielos

## Contratas. - Nuevas películas. - Noticias de artistas famosos

### Night Cap

James Kikwood, es uno de los actores contratados para filmar *Night Cap*, la obra sensacional de Max Marcin y Guy Boiton.

La producción cinematográfica será dirigida por Herbert Blanche.

### Un millón de dólares en una película

La «Universal» va a editar otra película de un millón de dólares.

Esta editora americana acaba de comprar los derechos de la famosa novela de Gastón Leroux titulada *El fantasma de la Opera*. Lo mismo que en *Nuestra Señora de París*, el protagonista de la obra será Lon Chaney. La acción de la obra pasa en los sótanos de la Opera de París y en varias iglesias de Inglaterra.

En vista de la buena acogida de la de Victor Hugo en el cine Marivaux de París, el gobierno francés está dispuesto a poner a disposición de la «Universal» el edificio de la Opera de París, pero Carlos Laemmle se cree que no aceptará la oferta y reconstruirá el famoso edificio en los estudios de «Universal City», lo mismo que hizo con la catedral de Notre Dame.

### De William Desmond

William Desmond, popular actor, va a filmar seis nuevas películas dirigidas por Arturo Rosson. En compañía de Desmond figuran también los notables artistas Mary Mac Allister, Marin Sais, Francis Ford, William J. Dyer y Albert Smith.

### Llegada de Hoot Gibson

Hoot Gibson, el conocido ac-

tor, acaba de llegar de Lone Pine, cerca del desierto de Monja-re, donde filmó una película muy interesante y muy graciosa como todas las de este simpático actor.

### Norman Kerry

Se espera a que Norman Kerry regrese a «Universal City» para continuar su trabajo en la película *Butterfly*, que Clarens Brown está dirigiendo, y en la que toman parte Laura La Plante, Ruht Clifford, Kenneth Harlan, Freeman Wood, J. Roy Barnes, Margaret Livingston y César Gravona.

El notable actor Kerry tuvo que abandonar los estudios para asistir al entierro de su señora madre que murió hace unos días en Nueva York.

### Contratados

Josephine Adair, la celebrada niña actriz, y Bubbles, el gracioso negro que trabajaba en las comedias de Pathé, acaban de ser contratados por las comedias «Century» para filmar una serie de comedias infantiles con el conocido muchacho Buddy Messinger.

### Un actor italiano

César Gravina, el viejo actor italiano, está de nuevo trabajando en los estudios de la «Universal», tomando parte en varias películas.

Seguramente el público recordará todavía el magistral trabajo que hizo el ex cantante de *Los amores de un príncipe*.

### Se va a casar

Se anuncia que la rubia inge-

nua Mary Miles Minter, que últimamente estuvo viajando por Francia, piensa casarse con Orville Eringer, empleado de una importante compañía frutera de California.

### Estadística

De acuerdo con las últimas estadísticas comparativas, la producción de las grandes casas de Estados Unidos, en el curso del año corriente, ha disminuido sensiblemente. En efecto: en vez de los setecientos films que se realizaron en 1920-21, sólo se cuentan ahora quinientos cincuenta, que será toda la producción de los meses que aun restan.

### Rodolfo Valentino

Adolph Zukor, presidente de la empresa «Famous Players-Lasky Corporation», anunció recientemente el reingreso del popular actor Rodolfo Valentino en los elencos de la «Paramount», después de una prolongada ausencia de ellos.

Rodolfo Valentino hará en breve su aparición en la pantalla cinematográfica interpretando el papel de protagonista de la película *Monsieur Beaucaire*. Se impresionará en el estudio de la «Paramount», en Long Island, bajo la dirección de Sidney Olcott, quien acaba de dirigir la impresión de *El colibrí*, bellísima producción cinematográfica, en la cual la eminente y popular actriz Gloria Swanson interpreta el papel de protagonista.

Rodolfo Valentino ha aparecido recientemente en las siguientes películas de la «Paramount»: *El jaque*, *Allende los escollos*, *Sangre y arena* y *El joven rajá*.



# LA SUPREMA AUDACIA

¡Oh, el drama, la tragedia, las angustias de la ficción que los cerebros calenturientos de los dramaturgos traman en las altas horas de la noche, cuando el mundo duerme y el espíritu vela! El cinema, en su estro de sombras y luz, trae al mundo consciente del pensar esas alucinaciones del mundo etéreo del sentir, y así es como ante nuestra vista desfilan las escenas que nos van diciéndole lentamente lo que la imaginación vagó tramó en la penumbra de la noche quieta.

Una trama fuerte que inspire interés y conmueva el espíritu es la base de cada una de estas creaciones en que el hombre pone a contribución su imaginación y su genio, su talento y su sentir, siendo esta la causa de que el público nunca deje de demostrar su apreciación por esas creaciones en que tan intensa labor se requiere.

Pero cuando un dramaturgo presenta algo de legítima novedad y pretende que el público lo acoja con entusiasmo, algo más se necesita que la trama y el buen director; algo más que un actor experto y una buena presentación, porque todo eso, con ser muy valioso, no es lo que lleva el público al teatro, sino el hondo sentir del intérprete de lo que se desea exponer.

*La suprema audacia* es la película en que James Kikwood, un actor dramático como hay pocos, hace un doble papel sensacional, y en la que no sabemos hasta el último momento cómo terminará la trama tan complicada como interesantísima.

Sucede que en la Universidad de Oxford, dos jóvenes igualmente distinguidos y arrogantes, son tan parecidos uno al otro, que a diario se les confunde. Amigos íntimos, compañeros de aulas, camaradas de correrías e inseparables de siempre, la vida les castiga cruelmente cuando les lleva al centro del Africa, donde uno es comandante de la

plaza, y convertido en jefe, se ve precisado a perseguir al otro, que aparece como espía de su Gobierno.

Devinter era el nombre del que habiendo escalado el puesto de comandante de la plaza adquiere a la vez el título de barón Leopoldo Von Regestein. Domeney es el amigo que va a dar al Africa después de haber sido protagonista de un horrendo drama pasional en que se sospecha que él haya sido el asesino de un hombre que había estado mezclándose en sus asuntos matrimoniales y por causa de quien, Rosamond, su esposa, había enloquecido. Una cacería de leones es el pretexto para que Domeney vaya al Africa y para que el destino le haga caer exánime a los pies de Devinter, su compañero de colegio y ahora superior en las armas.

Como Ragestein había sido deportado al Africa por causa de haber dado muerte al príncipe Eideestrom, con cuya esposa había sostenido relaciones ilícitas, el parecido que con él tiene Domeney le hace concebir la idea de quitarle de enmedio y asumir su nombre y ocupar su cargo en Inglaterra.

Poco trabajo le cuesta hacer propósitos definitivos de tan horrenda decisión, y al efecto, tra-

ma una combinación con algunos indígenas, por medio de la cual se llega a consumir el fuego que se le prende a la cabaña y donde se supone que Domeney haya muerto, prosiguiendo Ragestein en su viaje a Inglaterra. Atormentado por el resultado de su misión complicada y difícil, viajaba Domeney, cuando en Capotown se reúne con el Gustavo Seimann, un agente alemán del servicio secreto, y convienen entre ambos dirigirse sin tardanza a Berlín, donde son recibidos con extraordinarias fiestas en la corte.

Ragestein toma posesión de Domeney Hall como si fuera Domeney y todo el mundo queda plenamente engañado acerca de la identidad del joven; sin embargo, cuando llega a donde está su esposa, no pasa lo mismo, y ella le dice que le ha reconocido y que él no es por cierto su marido. Una lucha se sucede y Rosamond, que es el nombre de la esposa de Devinter, trata de matar a Domeney.

Y una persona más se apercibe del cambio de identidad de los dos jóvenes: el duque de Oxford, que hace circular la noticia de esa impostura, por causa de la cual Domeney es rudamente perseguido.

A partir de este punto, el argumento se intensifica y vemos como aquellos dos amigos, camaradas de la infancia, llegaron a todas las traiciones por las circunstancias en que la vida cruel quiso colocarles.

Además del doble papel que hace el actor maravilloso James Kikwood, tenemos la protagonista Ann Forrest, que está encantadora, y el conocido actor Alan Hale que hace un fuerte papel magistral.

Por lo movido de su trama que nos lleva desde Inglaterra hasta el Africa y de allí a la Corte fastuosa, es de un interés especialísimo esta producción y sabemos que a todos los que la vean les gustará extraordinariamente.

## DEPILATORIO BORRELL

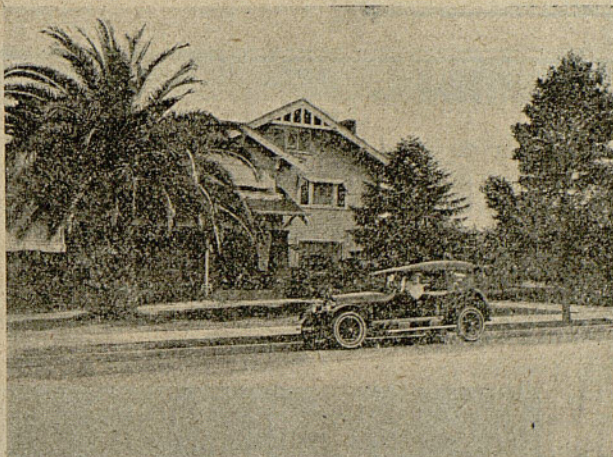




# La vida de las grandes estrellas cinematográficas

He aquí el tablado de la moderna farsa vista por dentro, sólo que ahora los arlequines no son de trapo como en el Guiñol, sino de carne y hueso, y aunque movidos por los hilos caprichosos del operador, continúan después la comedia de su vida admirablemente. Y hemos dicho comedia no en el sentido de farsa, sino en el de sucesión de hechos y escenas que por salirse de lo vulgar tienen algo de teatral.

¿El actor vive como el espectador? ¿El actor cinematográfico es y siente como nosotros? ¿O tiene ideas y sentimientos distintos?



Y después vemos a Herbert en un momento de intimidad; ante el succulento almuerzo, acompañado con un amigo, leyendo un periódico, descortesía que en América está perfectamente permitida.

Y por último tenemos a Herbert en su «sitting-room» disfrutando de una de sus más íntimas aficiones: la lectura.

Y aquí tenéis tres escenas de la vida de un hombre de cine-matógrafo. ¿Todas serán lo mismo? Seguramente no; pero acaso la belleza más imprevista está en la sencillez. Y una vida sencilla, cuando el que la hace pudo realizarla complicada, es siempre una sorpresa.

La opinión siente una viva sugestión por conocer, cómo desenvuelven su vida los personajes de la comedia humana que hacen en la existencia algún papel heroico. Artistas, escritores, políticos, son como espejuelos buscados con codicia por la curiosidad pública.

La escena que ves aquí, lector, no es de una película, aunque sí de gentes de películas.

El actor Herbert Rawlinson aparece en primer lugar en el parque de su preciosa casa. No va de paseo, vuelve del trabajo. Ha estado en la Ciudad Universal bastantes horas y torna ansioso de la paz del hogar.





# EL VENCEDOR

Entre las comedias que ha adelantado en pruebas particulares la marca «Universal», de las que prepara para la próxima temporada, llamará poderosamente la atención al estrenarse, la titulada *El vencedor*.



Se trata de una comedia sencilla, que son las más valiosas. Casi todas las casas lo han comprendido así ya, y todas abandonan aquellos falsos derroteros de la complicación para entrar en los más verdaderos y sensatos de la sencillez, copia fiel de la vida misma, que puede ser muy artística si el que la hace es un artista.

La complicación, en cambio, pocas veces logra ser artística. Ha de ser todo en ella demasiado falso para que adquiera rango de arte y de belleza.

Con la sencillez, si es fácil construir obras artísticas, aunque en verdad ella requiera en los actores una comprensión y un tacto y un gusto que en la complicación no les es necesario.

Como la «Universal» cuenta con actores numerosos, puede

realizar con acierto obras de esta calidad.

Herbert Rawlinson, que es el actor que hace de protagonista de *El vencedor*, es buena prueba de lo que acabamos de decir.

Conocido de todos es este ar-

A los pocos días, falto de dinero, desaparece. Nadie sabe nada de él. Se supone que ha vuelto a Londres o que, habiendo encontrado algún empleo, trabaja.

Nada de esto es cierto. Se ha marchado a los barrios humildes, donde la vida es menos cara. Sin embargo, pasa algunos días sin comer.

Una mañana se pasea por un



tista, y conocidas son sus dotes de gran actor. Sus muchas y variadas interpretaciones han quedado en la memoria de los espectadores con caracteres duraderos.

En *El vencedor*, sencilla copia de un episodio que puede ocurrir todos los días, elevado a categoría artística por el acierto del director de escena y por la maestría de la interpretación de todos los actores, nos es dable admirar una vez más la gama del arte de Herbert Rawlinson.

El argumento es así:

Rawlinson, interpretando el papel de hijo de un noble inglés arruinado, llega a Nueva York. Viste con elegancia y sus maneras son tan finas, que causa la admiración de la sociedad que frecuenta y todas las mujeres se considerarían dichosas casándose con él.

jardín público. Está hambriento. Pero como viste tan bien, nadie lo sospecharía. Da la impresión de ser un potentado.

Se sienta en un banco donde se halla una joven tomando su desayuno, consistente en unas rosquillas económicas. Se le cae una, que el joven se apresura a recoger y devorar. Así traban conocimiento los dos desventurados. Y el hijo del noble, al ver que hay alguien más en el mundo tan infortunado como él, se erige en protector de la muchacha, y hace,

para llevar a cabo esta protección, cosas que para él solo no se atrevía a poner en práctica.

Hechos ya, por la decisión del joven, instalados en un lujoso hotel. Pero aquello no puede durar. Busca trabajo. Acaba colándose de camarero. El caso es salir de sus compromisos.

Un día riñe con un cliente del bar. De un puñetazo vence a su adversario, que resulta ser

glatterra, el noble ha recibido favores del millonario y se trata de pagar estos favores casando a la hija del último con el hijo del primero.

Pero el hijo del noble, que se ha enamorado de la joven a quien protege, con la que hizo amistad en el jardín, se niega a la proposición de su padre. Riñen. Y después, el padre, enterado de que su hijo hace de pugilista, le busca para decirle si no le da vergüenza de deshonorar así su apellido. Esta reflexión hace que el joven se decida a no luchar más. Lo anuncia así a su empresario, en el preciso momento en que éste le ofrece una suma deslumbradora por una lucha con el campeón a quien venció en la riña que sostuvo en el bar.

Cuando todo esto ocurre, el padre le busca para pedirle dis-

sario para que su padre se libre de una deuda mortificante.

En esta lucha, el joven también sale vencedor. Cobra la suma. Pero el millonario no quiere cobrar. Lo que quiere es que se celebre la boda. Al hablar de esto, se presenta la joven a quien el pugilista ama, diciendo que ella tiene algo que ver en aquel asunto. El hijo del noble la abraza, respuesta clara a sus palabras.

Y así termina la obra, sencilla y llena de encanto. En su desarrollo, con acierto, está presentado el noble a la antigua, el millonario advenedizo, francote y sin maneras, su hija, excelente señorita cursi.

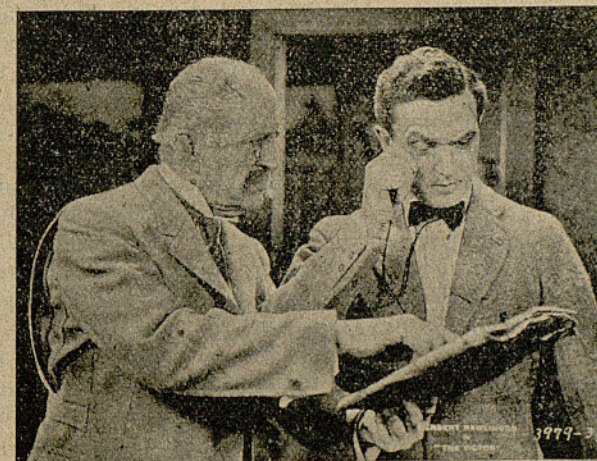
*El vencedor*, por todo esto, es una comedia admirable, de las muchas que la «Universal» presenta, cada vez más depuradas y más acertadas, abando-

nada menos que un campeón de boxeo.

A éste le acompañan en aquel momento un apoderado y otro empresario de pugilistas, que se lleva en seguida al protagonista de la comedia y lo contrata para una lucha.

Sale el joven vencedor. Gana una suma con la que resuelve sus cuentas más penosas. Todo empieza a salirle bien.

En esto llega de Londres su padre, acompañado por un nuevo rico que posee millones y una hija casadera. Allí en In-



culpa por su dureza. Y cuenta su situación, los favores que debe al millonario, algunos de dinero... Su hijo, entonces, se dispone a rectificar su pensamiento de no luchar más. Luchará para ganar aquella suma de que le ha hablado el empre-

nando ya las complicaciones inútiles y antiartísticas.

Y esta comedia está avalorada, además, por la extraordinaria interpretación que hace del protagonista ese actor excepcional que se llama Herbert Rawlinson.



CRÓNICA DE PARÍS

# Placeres estivales

Con el mes de agosto empezó oficialmente el éxodo de los ciudadanos hacia el campo, hacia el mar o bien con rumbo a los Pirineos. No se puede ser buen parisiense o excelente ciudadano si el primero de agosto se queda uno todavía en la metrópoli, con los tranvías eléctricos, los autómnibus, los taxis, el teléfono y el ferrocarril metropolitano. Porque no hay que olvidar que la única diferencia entre la ciudad y el campo consiste en que en los sitios de «villégiature» faltan todas estas comodidades. Como compensación, abundan todas las incomodidades, aumentadas por las moscas. Este año, por ejemplo, es inútil que vengan a contarnos que se va al campo para tomar el fresco. En primer lugar, somos muy escépticos respecto de la frescura en el campo, y en segundo lugar, en principio de agosto hemos disfrutado en París de un airecillo que puede ser envidiado por todas las estaciones estivales. Podría, pues, quedarse uno tranquilamente aquí, e ir al bosque de Bolonia o a otros bosques de los que abundan en las inmediaciones, por el precio ínfimo de un franco cincuenta, ida y vuelta.

Pero ya hemos dicho que el orden establecido, esto es, la disciplina de la civilidad, impone el éxodo de la ciudad el primero de agosto.

En realidad son dos las categorías que gozan—desinteresadamente, ya que materialmente los que gozan de veras son los fondistas y demás moscas de las «villégiatures»—de las vacaciones: los pescadores y los cazadores, *dilettanti*, como es natural. El *dilettante* es, como se sabe, el que se dedica a un arte por el arte y no para sacar un beneficio.

El pintor *dilettante* pinta para sí mismo, para gozar él solo de sus creaciones, ya que los demás seguramente no gozan viendo sus cuadros; el verdadero poeta es el que escribe cosas que todo el mundo encuentra horribles, pero que él encuentra perfectas cuando las lee. El verdadero cazador o pescador, la verdadera alma de cazador o de pescador, se echa de ver (al revés de lo que sucede con los monjes) por el hábito: botas de montar, traje de terciopelo, sombrero con pluma de gallo silvestre, y perros, muchos perros. El pescador no lleva perros, pero adopta la indumentaria del cazador, sazónada con algunos detalles que pueden hacer resaltar mayormente el carácter acuático de la caza.

Cuando el *dilettante* de la pesca o de la caza ha resuelto el grave problema de la indumentaria, de los perros y de la escopeta bien plegada en bonito estuche, cuando ha aleccionado convenientemente a los perros amaestrados y ha estudiado los puntos del globo más ricos en pesca de mar, de lago o de río, puede decirse que entonces ha cumplido ya con todos los mandamientos de su vocación. Queda todavía por resolver el hecho de pescar o de cazar, pero esto es secundario. Basta con quedarse un día entero sentado, o impasible, a la orilla de un río o de un escollo y esperar, o bien correr por bosques y montañas con perros que lo husmean todo menos la caza, y volver por la noche, cansado, cubierto de polvo y orgulloso, para demostrar que es pescador o cazador hasta la médula de los huesos. Si no hay nada en el zurrón, de muchas cosas está llena la mente del verdadero artista de la caza o de la pesca, el cual cuenta sin parar sus aventuras y sus cazas

maravillosas. Es tan real la sensación que experimentan estos artistas, que creen firmemente haber pescado una trucha o haber matado una liebre, aunque la hayan comprado en el mercado.

\* \*

Durante el mes de agosto hay que limpiar las armas, preparar la pólvora, los perros y partir.

Ya se abrió la caza.

El verdadero campeón del tiro de pichón es el fondista, el hotelero.

En Francia se usa una frase muy expresiva refiriéndose a una cuenta algo subida; se la llama «un escopetazo». Es lástima que en los Juegos Olímpicos no se haya establecido un «record» de tal «escopetazo», pues hubiéramos asistido a «records» magníficos. Y el cazador que parte con los perros, las armas, el zurrón y grandes ideas en la cabeza, es la verdadera víctima; los escopetazos más hermosos no es él quien los tira, antes al contrario, los recibe en pleno pecho cuando paga la cuenta. Esto sin contar lo que le cuesta la caza que tiene que comprar cuando ha invitado a los amigos. Un día, un señor, que había salido de caza había invitado a unos amigos a su vuelta para saborear el fruto de su puntería. Dejó encargado al criado que fuese al mercado y comprase toda la caza que encontrase. A su llegada a su casa dijo a los amigos que le esperaban que el criado llegaría dentro de poco con toda la caza.

Y el criado llegó. Pero llegó con un cesto lleno de pescado, diciendo a su amo:

—No pude encontrar caza alguna en el mercado, pero he comprado pescado excelente.

A. V.

París, agosto 1924.



# Jack Dempsey en el cine

Se dice que Jack Dempsey corre peligro de recibir un *knock out* de manos del cine. Jack ha perdido más libras, al hacer su papel en una película sensacional, que las que pierde Bill Johnston en un match de tennis en que se disputa el campeonato. Hay quien asegura que Dempsey ha bajado hasta 135 libras, es decir, diez menos que su mejor peso para el ring y sólo un par más que cuando derribó la corona que ceñía las sienes de Willard.

Lo malo es que Jack insiste en ser su propio sustituto. Ejecuta todos los actos arriesgados o que necesitan excepcional pericia y destreza él mismo, dando un ejemplo que debe molestar mucho a otras estrellas cinematográficas. El actor Douglas Fairbanks acostumbraba contratar un atleta o acróbata de circo para ayudarlo cuando había que dar un número excesivo de saltos mortales o tirarse con demasiada frecuencia de parapetos elevados o acantilados de gran altura. Así lo hacen todos menos Dempsey. Por eso Jack está soltando grasa y carne superflua que es un contento. Cada vez que se tira de la empalizada de Santa Mónica, pierde unas cuantas onzas. Al llevar en sus musculosos brazos a la heroína desmayada, huyendo por una senda de nopales y perseguido por una horda de desalmados pieles rojas, larga otras cuantas y no logra recuperar lo perdido en los días más reposados en que, abandonando su disfraz y la vida accidentada de protector de la inocencia, se dedica al opulento y regalado ocio de la vida neoyorkina, muellemente hundido en una de las mullidas butacas de su estudio.

Tan atareado está ejecutando esas proezas de fuerza, valor y agilidad, que no tiene casi tiempo para comer sossegadamente, y eso también le quita peso. Los empresarios productores de pe-

lículas no suelen encontrarse con ases como Dempsey que no temen lastimarse o asumir un riesgo cuando es necesario para que la proyección posea el atractivo que exigen los públicos modernos, pues nada hoy agrada tanto como ver al prójimo a boca de romperse la crisma. Raro es el actor de cine a quien importe poco perder sus bien proporcionadas facciones si un potro cerril le suelta una cox en mitad del delicado puente de su aguileña nariz, de corte aristocrático o algo parecido. Caen muy pocos en libra que como Jack empiecen a sentirse nerviosos o intranquilos si no se les ofrece la oportunidad de tirarse de un techo cada par de horas y que prefieran darse de trompadas con catorce bandidos pelicularos, escogidos por la fuerza de sus puños y su destreza en manejarlos, a depositar un ósculo de amor en los carmíneos labios de la Reina de la Belleza en Hollywood.

\* \*

Sí, señor, otros ases del cine hacen proezas arriesgadas o tienen sustitutos que las ejecutan por ellos, porque así lo indica la obra de su papel. Dempsey, en cambio, prefiere esa clase de ejercicios, pues teme que si no dedica su tiempo a eso, el director de escena le obligará a colocarse en una situación mucho más embarazosa, y no hay nada que tanto agrade al que es hoy campeón de boxeo del mundo, como lo que los críticos teatrales llaman «acción». Adoptar aptitudes amaneradas ante el objetivo y desempeñar papeles en escenas sentimentales le resulta insopportable.

No he visto trabajar a Dempsey esta vez en el cine, por tener que permanecer en Nueva York a causa de mis ocupaciones, pero le vi en Los Angeles

cuando representó su primer papel para la pantalla después de haberle pegado a Willard la famosa paliza. Jack se entusiasmaba como un chiquillo cuando tenía que hacer cosas arriesgadas que requerían grandes facultades acrobáticas y atléticas, o en casos de peleas simuladas de todas clases a las que siempre daba tal verismo y carácter de naturalidad, que sus contrarios sólo deseaban ver llegar el fin de la escena, y salían de ella tan mal parados, que la victoria del héroe era en ocasiones más fácil y decisiva de lo que indicaban las direcciones del autor de la película. El director de escena se llamaba Van Dyke. Era uno de esos tíos que quieren acción a toda costa, caiga quien caiga, y sin importarle un bledo tener que enterrar a alguien como consecuencia de lo vívido de la escena representada. Van le estaba enseñando, cuando llegué yo, un decorado con una escalera, un balcón colgante y un muro de piedra bastante alta.

—Fíjese usted bien—le decía Van por vía de explicación, aporreando con el puño la decoración.—Primero tiene usted que penetrar en la casa escalando el balcón por cualquier medio. Podríamos darle una escala de mano. ¿Cree usted que le sería posible dar un salto, después de trepar por ella hasta la altura del balcón?

—Lo mejor será probarlo—contestó Dempsey.

Y uniéndose la acción a la palabra, se quitó rápidamente un saco de caimir azul obscuro muy elegante, lo colgó reposadamente en un perchero del estudio, y trepando por un poste situado al pie de la escalera, midió cuidadosamente la distancia con la vista, dió un salto hacia arriba de unos cuatro pies, asió el borde inferior del balcón con una mano, se balanceó un momento y alargó el brazo suelto para agarrarse con la otra y con



una contracción maravillosa se elevó hasta poder saltar sobre la balastrada como un pillete que trepa por un manzano cargado de fruta.

— ¡Cáspita! — exclamó Van Dyke. — Si va a hacerlo así, será mejor que el carpintero le dé un vistazo a ese balcón antes de tomar la escena.

Poco después Van empezó a explicar la escena en que Dempsey tenía que bajar de nuevo. Debía hacerlo por la escalera. Al pie de ésta se hallaba un grupo de los actores ordinarios de la compañía, pintados y vestidos en carácter. Uno de ellos era nada menos que el malvado villano a quien Jack debía vencer y humillar en el desenlace del sensacional drama. Joven y no mal parecido, con nariz aguileña, facciones distinguidas, sus modales denotaban que no hacía caso omiso de sus dotes corporales.

Estaba pintado a la perfección. Cejas pobladas y pestañas acentuadas por hábiles toques, daban a su mirada torvos destellos. Su peinado acicalado y su cabello que chorreaba brillantina, daban a la cabeza un aspecto que parecía como si un limpiabotas le hubiese sacado lustre. Tenía anchas espaldas, un lomo de paquidermo y bíceps tan musculosos que sus protuberancias se destacaban claramente, proyectándose en las estrechas mangas de un saco tan estrecho que aprisionaba su talle y brazos como una funda. De vez en cuando hacía uno de esos movimientos

a la Hackenschmidt con los bíceps y con el rabillo del ojo se esforzaba por ver si las lindas actrices que presenciaban la escena creían que era más fuerte que Dempsey.

— Ahora, Jack — le gritó Van Dyke — en esta escena se tira used de un salto desde lo alto de la escalera, cae en el rellano y vuelve a saltar en seguida, echándose encima a este bandido que le espera creyendo tenerlo en sus garras. Entonces viene el combate. Si quiere puede usted tocar en un par de escalones para contener un poco la caída, pero trate de que no se note, a fin de que parezca un solo salto. Vamos a ver, pruébe usted.

El bandolero lanzó a Jack una mirada de desafío y Dempsey dió el salto. Pero ya saben los lectores aficionados al boxeo lo que es el campeón. Se hubiera dicho que estaba saltando para abalanzarse contra Firpo. Se olvidó de detenerse en el rellano o de tocar los dos escalones para aminorar la velocidad de la caída. Se lanzó desde lo alto encima del pobre bandido y lo estropeó para el resto de la escena, aplastándolo como si fuese un muñeco de cartón. No hubo pelea ninguna. Al caer encima del pobre hombre, éste, con un alarido de dolorosa sorpresa, se estrelló de bruces contra el suelo, y cuando consiguieron quitarle a Jack de encima, el bandolero estaba absolutamente inutilizado para tomar parte en el resto de la escena.

El saco que tan estrecho le estaba se había rajado en tres sentidos; su brazo izquierdo presentaba síntomas de dislocación y casi toda la pintura de su caracterización se había quedado adherida a los tableros del suelo. Un actor de cine sin pintura en la cara es inútil para el resto de la jornada.

Así es Dempsey en esas escenas de violencia y brutalidad.

\*  
\*\*

A Dempsey no le gusta representar ante la cámara en escenas sosas. El verse obligado a dar paseitos delante del objetivo por un par de meses, le ataca los nervios. No hay bastante acción a pesar de todos los actos arriesgados de las hazañas acrobáticas y de las proezas de atleta. Esta vez, para mantenerse entrenado, ha establecido un campamento de preparación cerca del estudio y boxea todos los días.

No veo razón de preocuparse por que Jack haya perdido algo de peso. Si hubiera ganado quince o veinte libras... ¡eso sí que sería diferente!

John Bull

No pase sin leer detenidamente nuestras columnas de información recibida directamente para esta revista

REPRESENTACIÓN CINEMATOGRÁFICA

**Novela Popular Cinematográfica** publica esta semana el argumento de una de las películas que más han de llamar la atención al estrenarse en la próxima temporada.

Tanto por la novedad del tema, no obstante referirse éste a un asunto muy explotado en la cinematografía norteamericana, cuanto por lo bien interpretado que ha sido por ese gran artista que se llama Herbert Rawlinson, **El vencedor**, que así se titula la película, es una de las mejores comedias cinematográficas de los últimos tiempos.

El argumento que de **El vencedor** publica **Novela Popular Cinematográfica** da perfecta idea de todo cuanto sucede en la pantalla y de los motivos a que obedece el que suceda, cosa que es peculiar de esta publicación, que no sólo da el argumento, sino que éste va avalorado por una descripción amplia de los personajes, especialmente del protagonista.

**El vencedor**, que será un éxito en los cines, será también un éxito de **Novela Popular Cinematográfica**, la revista que coleccionan cuantos quieren tener excelentes argumentos de películas excelentes.

Lea usted **El vencedor**.



# La Virgen de California

*La novela de una estrella del cinematógrafo*

por

**J. CALVO ALFARO**

(Continuación)

Panisowsky no había estado nunca enamorado. A través de su vida, sus pasos se movieron siempre por sentimientos tan personales que parecía incapaz de dar a otro ser, desinteresadamente, algo que fuera suyo, aunque no pasase de ser un sentimiento. Pero, espíritu observador y conocedor de los otros, concebía en los demás lo que no en sí mismo, y de aquí que presentía un peligro serio en aquel cariño de Norah hacia Emilio, aparentemente enfriado por circunstancias incidentales.

Norah habló al fin:

—Debo pensarlo más. Lo que me propones ahora es algo tan para siempre, que me cuesta trabajo el decidirme.

Pero Panisowsky la acosó con razonamientos convincentes. Su imaginación de colorista y visionario encontraba un tono de fuerte emoción para cada palabra. Norah dudaba. Le atraía la sugestión de la aventura. ¡América! País de las grandes victorias y de las intensas proezas. Oro y gloria. ¡Londres! Ciudad de la niebla, donde ella sufrió los martirios de la humillación, pero también la ciudad de sus recuerdos, de sus cariños.

Atravesar el mar era para Norah dar el salto en el abismo. ¡El salto para siempre! Después de aquello, Emilio sería para ella un recuerdo, ¡sólo un recuerdo!

Vinieron a su memoria, mientras escuchaba distraída las palabras de catequista de Panisowsky, las horas de felicidad vividas con Emilio Fontaura. Cuando los dos eran humildes; cuando los dos habían aceptado la vida como quería ser, sin forzarla ni violentarla. Los paseos por las afueras de Londres en los deliciosos días de verano; los momentos de recogida intimidad en los «grill-room»; aquellos otros instantes de pasión amorosa a que el meridional era tan propicio...

Norah despidióse aquel día de su maestro sin darle una respuesta definitiva, dejándole inquieto ante la posibilidad de una locura de su discípula. Y entendía él por locura el abandono de la vida artística por el ciego fanatismo de un afecto.

Efectivamente los días transcurrieron sin que Norah se decidiese a dar una respuesta. Y entonces Panisowsky retrasó su viaje una semana más, pero con carácter definitivo. Si Norah, al transcurrir aquellos días, no se había decidido a partir, lo harían solos.

Y transcurrió la semana y Norah no dió la con-

testación, y la compañía de danzantes una buena mañana, transparente y azul como pocas en Londres, embarcó en un magnífico transatlántico con rumbo al nuevo mundo.

El bailarín había disputado agriamente con Norah. La había hecho ver que él la sacó de la vida miserable en que la encontrara, y ahora, por paga, le abandonaba cuando más la necesitaba.

Norah dió la razón en todo a su maestro, hasta en la ingratitud, pero una fuerza de cohesión tiraba de ella reteniéndola en Londres.

Y partió el transatlántico y Norah vió agitarse los pañuelos de la comparsa de danzantes.

Hubo sentimiento en la despedida. Panisowsky estaba emocionado, y algunas amigas de Norah lloraron, ¿lagrimas de verdadero sentimiento? Acaso la sensación que percibe el que deja tras de sí algo que deseaba vincular con sus tristezas y también con sus alegrías.

En el muelle salieron a despedirle bastantes rusos. Muchos lucían melenas de ébano y perilla; otros iban afeitados completamente, exhibiendo el cabello largo como santones de una religión en que la cabeza fuera un rito. Algunos vestían como perfectos «gentlemen», correctos, pudiendo ser tomados por súbditos de las libres Casistérides.

Poco antes de partir, un joven vestido de chaquet se acercó al célebre bailarín. Apartáronse unos pasos y le entregó un sobre lacrado. En él se leían en gruesas letras un nombre sin dirección alguna. El nombre era Víctor Schuroff.

El joven le dijo:

—Al día siguiente de llegar. No lo olvides... Y buena suerte.

El bailarín repuso:

—No tengas cuidado. Me interesa tanto como a ti. Ese ladrón y sus camaradas deben hundirse.

Y con estas palabras enigmáticas el bailarín y su comparsa se alejaron hacia América aquella memorable mañana del mes de mayo.

\*  
\*\*

Esperó paciente Norah a Emilio Fontaura. Lo había citado en *Lyon*, en uno de esos populares restaurantes que se encuentran en todos los rincones de Londres.

Norah quería hacer una última tentativa para



no perder aquel cariño que tan hondas raíces había ahondado en su ser.

Mientras esperaba pidió un te y pasteles. Sus dedos martirizaban un elegante estuche de cigarrillos egipcios. En el cenicero se veían seis u ocho puntas doradas, y aun entre sus labios surgía eréctil como el pétalo de una flor, el canutillo blanco y perfumado de un cigarrillo más.

Mientras las volutas de humo ascendían, Norah pensaba en su existencia, en los nuevos rumbos tomados últimamente. Parecíale un sueño su vida de hoy cuando pensaba en la de ayer. Y no obstante todo era lógico hoy y todo absurdo ayer. Lo único que la obligaba a mirar atrás era Emilio. ¡Qué dichosa hubiera sido si, alejando sus escrúpulos, hubiese partido con él! Se habrían casado en aquel mes de mayo delicioso. Habrían viajado hacia América en feliz jornada de bodas... Y así, sólo quedaba en los dos el vacío de una cámara nupcial sin amor, esperando el perfumado lecho de flores la llegada ansiada de los amantes...

¡Y quién sabe si aquella llegada no arribaría jamás! ¡Y en él sólo restaría la paz del olvido en algún rincón apartado de aquella España florida y pacífica que la contó! ¡Y en ella, la eterna sed insaciada de un amor no conseguido, alejado por aquella otra sed, también insaciable, de vida intensa y de aventura!...

¿Y para qué se habían encontrado ellos? El hubiera sido dichoso en su existencia atolondrada, de meridional habitante en la ciudad oscura. Ella habría abierto, de par en par, sus puertas a la vida refinada que, transitoriamente, dejara entre los escombros de Moscú.

Ahora Norah sentía el arte. No llegaba, en ella, a ser una pasión; pero ya era casi una necesidad. Gustaba Norah del narcótico exquisito del ensueño. Su alma ambicionaba todas las inquietudes de la modernidad. Quería vivir su siglo con todos sus pecados y todas sus virtudes. Era un alma de su época, hija de la guerra, de la revolución y del invento.

Despertó Norah de sus pensamientos cuando vió dibujarse en la puerta del *Lyon* la silueta de Emilio Fontaura. Su corazón latió violento entre regocijado y medroso. Estuvo ella tentada de arrojarle a sus brazos, de pedirle perdón y declararse su esclava.

Emilio llegaba serio, muy serio y ojeroso, muy ojeroso. Pálido también; una palidez mate. Sus ojos brillaban con fiebre.

—¿Qué deseas de mí, Norah?—preguntó con sencillez, mientras se sentaba a su lado, ofreciéndole la mano franca y leal.

Norah tembló cuando sintió, entre las suyas, el fuego candente de aquellos dedos febriles.

—¿No quieres tomar nada?—insinuó ella dulce, melosa, envolviéndole en una mirada apasionada.

El se la quedó mirando, mirando, mirando, como si quisiera recordar algo lejano. Observó sus prendas de vestir, lujosas y costosas; los brillantes de sus orejas y de sus dedos; dirigió una mi-

rada al cenicero, fijando sus ojos en los trozos dorados de los cigarrillos egipcios.

—Sí; tomaré el te aquí—repuso.

Y después vino un silencio embarazoso. Ella y él sorbían el te sin decir palabra.

Eran las cinco y media de la tarde y el *Lyon* comenzaba a llenarse de gentes. Salían de las oficinas y de sus ocupaciones. Unos eran seres solitarios que se sentaban en un rincón y sorbían ávidamente taza tras taza de te. A veces, a una mesa llegaba un joven, sonriente, feliz de la vida de trabajo y cordialidad; se sentaba, y a los pocos minutos, muy alegre, con el optimismo reflejado en su rostro, llegaba una joven y se sentaba también a su lado. Y se miraban y se querían mirándose sólo, como si sólo con mirarse ya tuviesen bastante para quererse.

—¿Trabajaste mucho?—preguntaba él.

Y ella:

—¡Un día horrible!

Y lo decía sonriendo, sonriendo y mirándole, mirándole, como si el trabajo, aquel horrible trabajo, no fuera nada comparado con la felicidad de aquellos instantes.

Norah y Emilio seguían silenciosos.

—¿No tomas una pasta?—le preguntó ella.

Y repuso él:

—No; no tengo ganas.—Y luego continuó:—Pero, háblame claro, Norah: ¿qué quieres de mí?

En estas palabras parecía poner Emilio la entonación de una súplica.

Norah bajó la cabeza, fijando sus ojos entre la ceniza gris y las boquillas de oro de los cigarrillos.

—Norah: hace tiempo que me hallo convencido de que nuestras vidas son paralelas y por eso precisamente no podrán encontrarse jamás. Somos afines, pero distintos. Nos atraemos y nos amamos en sentimiento; nos repelemos y nos distanciamos en ideas.

«Más vale que terminemos esta tortura y vayamos cada uno por un lado; lejos, muy lejos; sólo la distancia es capaz de dar un poco de paz a nuestras vidas.

«Yo cometí un error al acercarme a ti. Debí pensar lo que pensó tu maestro de danzas: el pasado no muere. Y en ti, el pasado mandará siempre, más que tus propios sentimientos.»

Las palabras de Emilio Fontaura, dichas sin emoción, como lo que se ha pensado mucho antes de decir, tenían para Norah un gran valor sentimental.

Según iba hablando Emilio, se afianzaba ella más y más en que aquella despedida era definitiva. Aquello no tenía remedio, y era preferible romper para siempre las torturas de tanta incertidumbre.

Al fin habló ella:

—Mis amigos partieron hacia América, y yo, no obstante, me he quedado en Londres. Eso te probará algo, Emilio...



Por casualidad, sus ojos se fijaron en la blanca y pequeña mano, desenguantada, que se apoyaba en su brazo.

Los dedos finos se alineaban sobre el paño oscuro de su uniforme, poniendo de relieve un anillo espléndido: un simple junco de oro con un grueso diamante.

El sol hacía brillar las facetas de la piedra que despedía reflejos de mil colores.

Este anillo de prometida que tanto detestaba, trajo a la mente de Gerardo un recuerdo.

Lo sacó dulcemente del dedo de Renée, diciendo: —¿Se acuerda usted de aquella noche del baile del «Irresistible»? Fué la primera vez que usted apoyó su brazo en el mío. Veo aún su traje constelado de joyas... Aquel vestido de veneciana era ideal para usted...

Y añadió, haciendo ademán de lanzar el anillo al agua:

—Noble hija de los dogos... ¿quiere que renovemos el gesto de sus abuelos? Dígame que sí; yo la conjuro a ello, y lanzo este anillo a juntarse, en el fondo del Mediterráneo, a los de vuestros antepasados, que le han precedido.

Renée creyó que realmente iba a poner en práctica su idea. Cogió el anillo de la mano de su compañero, exclamando:

—¡Gerardo!

Era la primera vez que pronunciaba su nombre ante él.

Gerardo se puso serio, fijó su mirada en la joven y apretando su brazo contra su pecho, dijo:

—¡Renée... mi amada Renée!... ¡Usted es mi solo amor!... ¡Hace tanto tiempo que quiero hablarle!...

—Yo también, Gerardo... Tengo muchas cosas que decirle.

más sensibles, porque serían más directos. No obstante, con su lealtad habitual, Renée decidió que sería a él, al novio desdeñado, a quien haría su dolorosa confesión.

El sería capaz de comprenderla aun cuando sufriera al hacerlo.

Pero antes de escribir a Nelson resolvió hablar con Gerardo. Le anunciaría su intención de romper sus relaciones, y la manera como él recibiese la noticia, la iluminaría sobre el fondo de sus sentimientos hacia ella.

Ninguna palabra decisiva se había pronunciado hasta entonces entre ambos.

Ella no sabía a fondo lo que él pensaba, si abrigaba respecto a ella algún pensamiento o si creía indisoluble su noviazgo.

¡No importaba! Renée no quería ser de nadie más. Si debían vivir separados, guardaría siempre, para Gerardo, una fidelidad inviolable.

El recuerdo de su bello amor quedaría como la única maravillosa aventura de su vida.

Ante todo, se imponía salir del sueño para entrar en la realidad.

Se imponía una resolución y le parecía que sólo Gerardo era capaz de encontrarla.

Si Renée hubiese tenido, como la mayoría de las jóvenes en tales circunstancias, una madre prudente, un padre sensato que hubiesen, a su tiempo, sondeado diestramente las intenciones del joven, hablado a su familia, y le hubiesen inducido a declararse según las reglas, su conducta hubiese sido incalificable, pues su gestión hubiera parecido una confesión.

Pero ella sabía, en tal delicada circunstancia, que no debía contar más que con ella misma.

Ignorante de muchos de los usos mundanos, su



instinto, su tacto, su nativo orgullo eran sus consejeros.

Ella iría a él, valientemente, con el candor de su amor sincero, y él la guiaría.

Después de haber dudado mucho tiempo ante la difícil explicación, una palabra de Gerardo en el curso de uno de sus paseos le proporcionó la ocasión.

Era una soberbia tarde de marzo, el corazón de la primavera en el litoral.

Juana y Mildred habían ido a hacer algunas visitas, de las que Renée se había excusado, pretextando fatiga. Antes de la comida, con voz doliente había dicho:

—Si después de comer me siento mejor, saldré a hacer un paseito. No se sorprendan si no me encuentran a la vuelta.

Después, en cuanto vió partir a sus amigas, el cansancio le desapareció como por encanto.

Hizo rápidamente su tocado, y saliendo por la puertecita del fondo del jardín, se encaminó hacia un callejón que conducía a la vieja carretera de la «corniche».

Allí, esperándola en un automóvil, un elegante oficial de marina se tostaba concienzudamente, soportando, hacía más de una hora, los rayos del sol.

Aquella escapatoria había sido convenida de antemano.

Tenían proyectado, por la antigua carretera de la «corniche», seguir las alturas hasta «Vallauris», el renombrado valle del oro, del que Gerardo había encomiado a Renée la admirable situación, en un bosque de mimosas gigantes y de naranjos perfumados, paraíso en miniatura que dominaba el golfo Juan.

Partieron con el entusiasmo de los escolares en vacaciones.

De cuando en cuando, como una obsesión que do-

minaba a cuanto experimentaba, Renée se repetía por lo bajo:

—Es preciso que le hable. Es indispensable...

Pero Gerardo, con una ingeniosidad, con una palabra alegre, hacía huir los pensamientos serios de su mente.

Después de una larga carrera polvorienta, llegaron a la parte baja de la cuesta, en cuyas alturas está asentado el pueblo. Dejaron el automóvil en uno de los mesones que bordean la carretera, y el joven pasó sin cumplido el brazo de su compañera debajo del suyo, comenzando la ascensión por el camino escarpado que conducía al bosque.

Los racimos áureos de las mimosas se balanceaban sobre sus cabezas. El aire estaba saturado de las emanaciones de miles de naranjos en flor.

Súbitamente, en un claro del follaje se les apareció el mar.

Allá, a lo bajo, las casitas blancas y rosadas de Juan Los Pinos dormitaban en sus lechos de flores; en la arena los barquichuelos yacían en reposo sobre sus costados y algunos niños jugaban entre las redes extendidas al sol.

De este conjunto sereno, la luz del mediodía hacía un cuadro de colores vivos, del que cada detalle se destacaba netamente sobre el azul del Mediterráneo.

Renée miraba sin proferir palabra. Gerardo, miraba tan sólo a su compañera.

El también sentía la necesidad de decirle muchas cosas y desde hacía muchos días esperaba la ocasión, pues la sentía propicia a escuchar sus confesiones, y no podía admitir que entre el americano y él, Renée pudiese dudar.

Para él, el noviazgo de Renée pertenecía a un pasado lejano y sólo soñaba en un porvenir de felicidad muy próximo, que no admitía obstáculos.



# Nueva colección de Postales-Retratos

de artistas cinematográficos (fotografías)

A 20 CÉNTIMOS EJEMPLAR

- |                                       |                              |                         |
|---------------------------------------|------------------------------|-------------------------|
| 1 Art Acord                           | 55 Lillian Hall              | 110 Antonio Moreno      |
| 2 Agnès Aires                         | 56 William S. Hart           | 111 Jack Mulhall        |
| 3 Italia Almirante Manzini            | 57 Wanda Hawley              | 112 Mae Murray          |
| 4 Mary Anderson                       | 58 Sessue Hayakawa           | 113 René Navarre        |
| 5 Roscoe Arbuckle (Fatty)             | 59 Walter Hiers              | 114 Alla Nazimova       |
| 6 Richard Bartelmes                   | 60 Helen Holmes              | 115 Pola Negri          |
| 7 Ennid Bennett                       | 61 Carol Holloway            | 116 Ana Q. Nilson       |
| 8 Armand Bernat                       | 62 Clara Horton              | 117 Mabel Normand       |
| 9 Francesca Bertini                   | 63 Jack Hoxie                | 118 María Osborne       |
| 10 Constance Bidney                   | 64 Charles Hutchinson        | 119 Sena Owen           |
| 11 Georges Biscot                     | 65 Garet Huges               | 120 Baby Page           |
| 12 Alice Brady                        | 66 María Jacobini            | 121 Jean Page           |
| 13 Alberto Capozzi                    | 67 Edith Johnson             | 122 Livio Pavanelli     |
| 14 Narcya Capri                       | 68 Romoualt Joubé            | 123 Doris Pawn          |
| 15 June Caprice                       | 69 Leatrice Joy              | 124 Eilen Percy         |
| 16 Harry Carey (Cayena)               | 70 Alice Joyce               | 125 House Peters        |
| 17 Jawel Carmen                       | 71 Diana Kärenne             | 126 Mary Philbin        |
| 18 Irene Castle                       | 72 Tilde Kassay              | 127 Jack Pickford       |
| 19 Margarita Clarck                   | 73 Buster Keaton (Pamplinas) | 128 Mary Pickford       |
| 20 Jane Colw                          | 74 Madge Kennedy             | 129 Eddie Polo          |
| 21 Grace Cunard (Lucille)             | 75 Doris Kenyon              | 130 Enny Porten         |
| 22 Elena Chadwich                     | 76 Norman Kerry              | 131 María Prevost       |
| 23 Lon Chaney                         | 77 Clara Kimball Young       | 132 Prince (Salustiano) |
| 24 Charles Chaplin (Chariot)          | 78 Mollie King               | 133 Hebert Rawlinson    |
| 25 Charles Chaplin (Charlot, paisano) | 79 James Kikwood             | 134 Charles Ray         |
| 26 Dorothy Dalton                     | 80 Natalia Kowango           | 135 Wallace Reid        |
| 27 Viola Dana                         | 81 Laura La-Plante           | 136 Fritzi Retgeway     |
| 28 Bébé Daniels (Ella)                | 82 Douglas Mac Lean          | 137 M. Rinscki          |
| 29 Elena Darly                        | 83 Victoria Lepanto          | 138 Camilo de Risco     |
| 30 Rachel Davyris                     | 84 Mitchel Lewis             | 139 Will Rogers         |
| 31 Priscilla Dean                     | 85 Elmo K. Lincoln           | 140 Ruth Roland         |
| 32 Carol Dempster                     | 86 Max Linder                | 141 Marcelle Rollet     |
| 33 Reginald Denni                     | 87 Anna Litle                | 142 William Russell     |
| 34 William Desmond                    | 88 Bert Litle                | 143 Patsi Ruth Miller   |
| 35 Xenia Desni                        | 89 Margaret Livingstone      | 144 Joe Ryan            |
| 36 Katerine Mac Donald                | 90 Luisa Lorraine            | 145 Clarise Selwyene    |
| 38 Lucy Doraine                       | 91 Bessie Love               | 146 Larry Semon         |
| 38 Willie Dove                        | 92 Loise Lovely              | 147 Gustavo Serena      |
| 39 William Duncan                     | 93 Harold Lloyd (El)         | 148 Paulina Stark       |
| 40 Miss Du-Pont                       | 94 Maciste                   | 149 Anita Stewar        |
| 41 Maxime Elliot                      | 95 Charles Mack              | 150 Gloria Swanson      |
| 42 Elionor Fair                       | 96 Ginete Maddie             | 151 Constance Talmadge  |
| 43 Douglas Fairbanks                  | 97 Lya Mara                  | 152 Norma Talmadge      |
| 44 Flankin Farnum                     | 98 Mae Marsh                 | 153 Alice Terry         |
| 45 William Farnum                     | 99 Margaret Marsh            | 154 Olive Thomas        |
| 46 Geraldina Farrar                   | 100 Shirley Mason            | 155 Madelaine Traverse  |
| 47 Elsie Fergusson                    | 101 M. Mathe                 | 156 Rodolfo Valentino   |
| 48 Margarita Fisher                   | 102 Frank Mayo               | 157 Virginia Valli      |
| 49 Francis Ford (Conde Hugo)          | 103 Thomas Meigham           | 158 Vera Vergani        |
| 50 Alec B. Francis                    | 104 Mary Miles Minter        | 159 Maria Walcamp       |
| 51 Paulina Frederick                  | 105 Sandra Milowanoff        | 160 George Walsh        |
| 52 Maude George                       | 106 Gaston Mitchel           | 161 Gladis Walton       |
| 53 Eduardo (Hoot) Gibson              | 107 Tom Mix                  | 162 Fannie Ward         |
| 54 Jaqueline Godson                   | 108 Blanche Montel           | 163 Pearl White         |
|                                       | 109 Tom Moore                | 164 Ben Wilson          |

10 por 100 descuento tomando toda la colección. — Pedidos acompañados de su importe a

**PUBLICACIONES MUNDIAL**

Apartado de Correos 925. — BARCELONA



## Cinematográfica Verdaguer

S.A.

Capital: 3.000.000 de pesetas

Consejo de Ciento, 290

TELÉFONO 969 - A.

Telegramas "Verdograf"

Telefonemas "Verdograf"

BARCELONA

Interesa a todo empresario  
conocer las grandes producciones extraordi-  
narias, las escogidas series y la abundancia  
enorme de material NUEVO que continua-  
mente presenta bajo su prestigioso nombre el

## Programa Verdaguer

Pídanos hoy mismo la lista detallada de asuntos  
de todos los géneros y de las mejores marcas  
americanas, alemanas e italianas, en la que  
PRECISAMOS títulos y artistas que evidencian  
lo más selecto y abundante de nuestro material.

